

EL REINO DE LOS CUERVOS: 3

LA CASA DE LOS JURAMENTOS

OLIVIA WILDENSTEIN

OLIVIA WILDENSTEIN

LA
CASA
DE LOS
JURAMENTOS

Traducido del inglés por Ankara Cabeza Lázaro



FAERIS

Título original: *House of Striking Oaths*

Publicado por primera vez por Olivia Wildenstein.
Derechos de traducción gestionados por Metamorfosis Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L. Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2023 by WildStone Publishing
© de la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2026
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



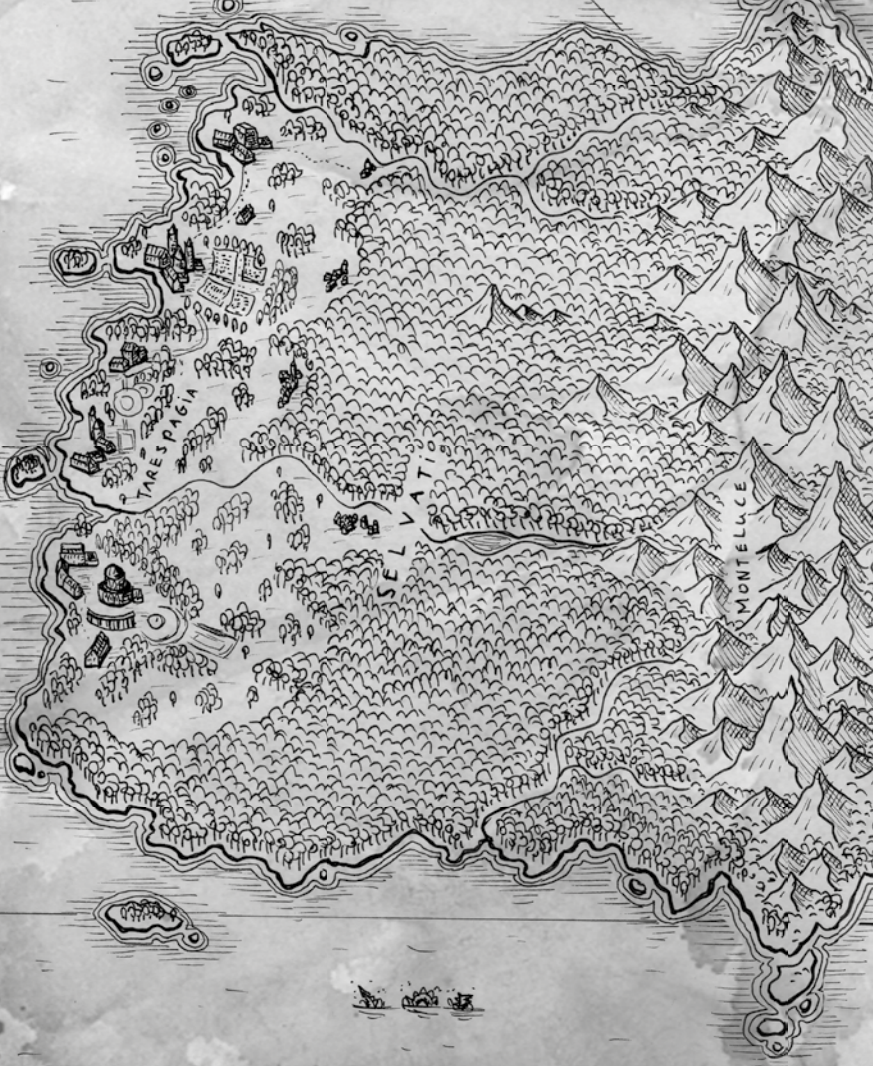
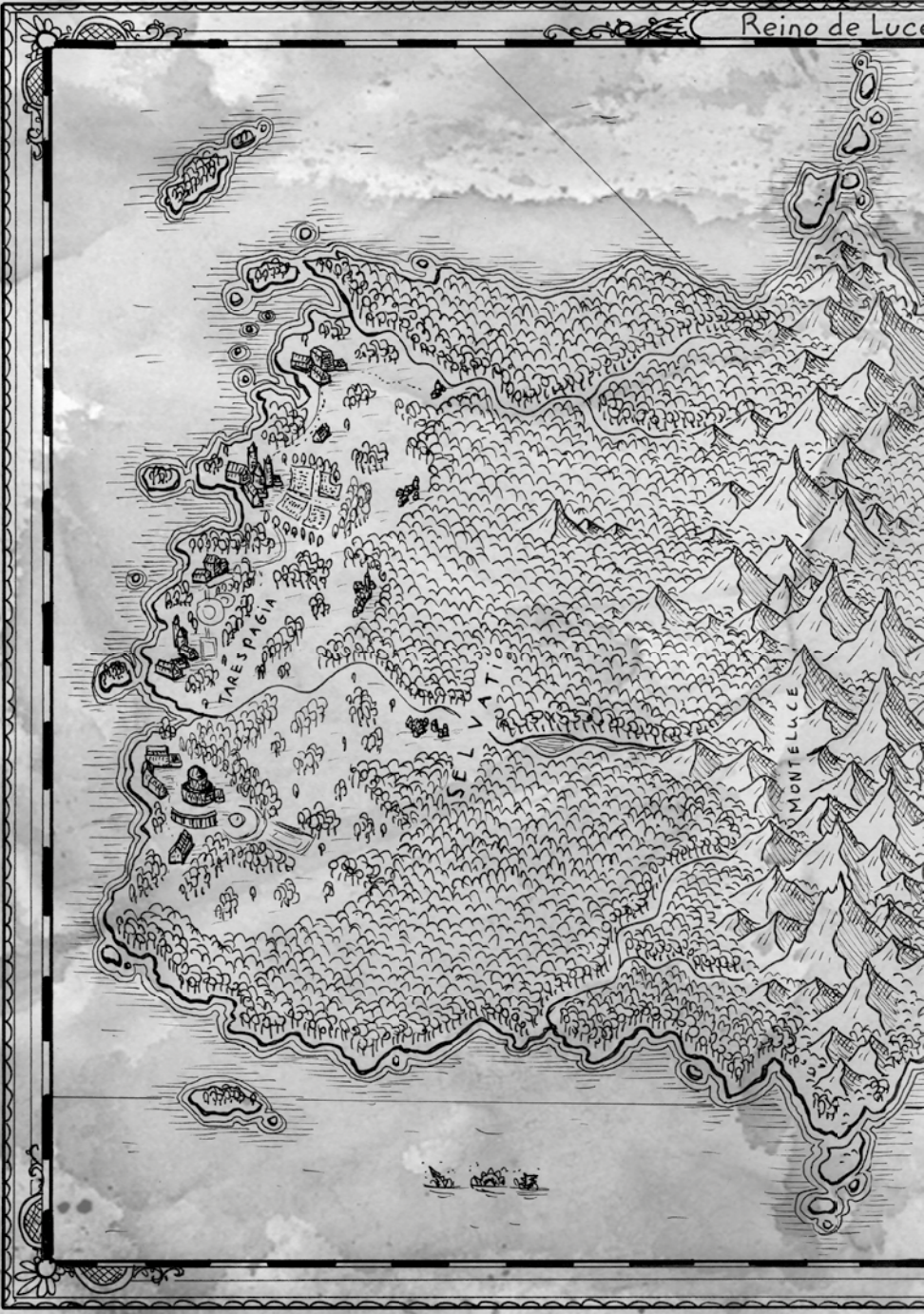
ISBN: 978-84-19988-97-3
Depósito legal: M. 431-2026
Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:



Gánate la corona.







GLOSARIO LUCINO

<i>Altezza</i> – alteza	<i>Mareserpens</i> – serpiente marina
<i>Basta</i> – basta	<i>Merda</i> – mierda
<i>Bibbina/o</i> – cielo	<i>Micaro/a</i> – cariño
<i>Buondia</i> – buen día/buenos días	<i>Mi cuori</i> – corazón mío
<i>Buonotte</i> – buenas noches	<i>Moyo/a</i> – esposo/a
<i>Buonsera</i> – buenas tardes	<i>Nipota</i> – nieta
<i>Caldrone</i> – Caldero	<i>Nonna</i> – abuela
<i>Carina</i> – preciosa	<i>Nonno</i> – abuelo
<i>Castagnole</i> – masa frita cubierta de azúcar	<i>Pappa</i> – papá
<i>Corvo</i> – cuervo	<i>Pefavare</i> – por favor
<i>Cuggo</i> – primo	<i>Perdone</i> – disculpa
<i>Cuori</i> – corazón	<i>Picolino/a</i> – pequeño/a
<i>Dolcca</i> – pastelito	<i>Piccolo</i> – pequeño/a (adj.)
<i>Dolto/a</i> – tonto/a	<i>Princci/sa</i> – príncipe/princesa
<i>Furia</i> – furia	<i>Santo/a</i> – santo/a
<i>Generali</i> – general	<i>Scazzo/a</i> – rata callejera
<i>Goccolina</i> – gotita	<i>Scusa</i> – lo siento
<i>Grazi</i> – gracias	<i>Sergente</i> – sargento
<i>-ina/o</i> – sufijo que se añade a los nombres propios como muestra de cariño	<i>Serpens</i> – serpiente
<i>Maezza</i> – majestad	<i>Strega</i> – bruja
<i>Mamma</i> – mamá	<i>Soldato/i</i> – soldado/s
<i>Mare</i> – mar	<i>Tare</i> – tierra
	<i>Tiuamo</i> – te quiero
	<i>Tiudevo</i> – estoy en deuda contigo
	<i>Zia</i> – tía

GLOSARIO CÓRVIDO

Ab'waile [oualia] – refugio
Adh [au] – cielo
Ab'khar [ukaur] – querida/o
Ag – y
Álo – hola
Annos dòfain [aunos dufen]
– ojete incontinente
Bahdéach [badok] – hermoso/a
Bántata – patatas
Beinnfrbal [benfrol] – fruto
de la montaña
Behach [beiock] – pequeño/a
Bilbh [bilb] – bobo/a
Bidh [bai] – comida
Chréach [kreyok] – cuervo
Cúoco [cuocko] – coco
Dachrich [dokre] – increíble
Dádhi [dayi] – papá
Dalich [dale] – lo siento
Dréasich [drise] – vestido
Dihna [dina] – no
Éan [in] – pájaro
Fallon – gota de lluvia
Fás – aún no
Fibladh [filau] – fuera
Fin [fion] – vino

Fios – saber
Focá – joder
Gublaèr [gulair] – de acuerdo
Ha – yo
Ha'rovh béhya an ha théach'thu,
ha'raì béih [harof beya an ha
zock zu, haray beh] – Cono-
certe me dio la vida, pues
hasta ahora solo me había li-
mitado a existir
Ha'kbrá thu [jakrau tu] – te
quiero
Ionnh [yon] – señorita
Ínon – hija
Kbrá [krau] – amor
Khroí [krii] – corazón
Leath'cinn [leken] – mestizo/a
Mádhi [mayi] – mamá
Mars'adh [marsau] – por favor
Mo bahdéach moannan [mo
badok meanan] – mi her-
mosa compañera
Moannan [monan] – compa-
ñera
Mórrgabh [morgot] – majes-
tad

Mo – mi

Moath [mof] – norte

Murgadh [murgau] – mercado

Né – no

O ach thati – ah, te equivocas

Ríkhda gos m'hádr og má-táeich lé – Como tenga que esperar mucho más, lo mataré

Rí – rey

Rabnach [raunok] – reino

Rib bi'adh [ribyau] – Rey de los Cielos

Sí – ella

Siorkahd [shurkau] – círculo

Siér [siur] – hermana

Sífair [sifer] – serpiente

Sé'bhédha [sheveja] – de nada

Tà [tau] – sí

Tàin [taugn] – cerdo

Tach [tock] – el/la

Tach abd a'feithahm thu, mo

Chréach [tock ad a faizam zu, mo kreyok] – El cielo os aguarda, cuervos míos

Tapath [tapof] – gracias

Thábhain [jauben] – taberna

Thu [tu] – tú

Thu leámsa [tu leaumsa] – eres mía

Thu thòrt mo focèn ánach [tu zurt mo foken anok] – Joder, me dejas sin aliento

Tuiladh [tuilau] – más

Uhlbheist [ulbjeist] – monstruo

CRONOLOGÍA

MAGNABELLUM

La Gran Guerra. Tuvo lugar hace quinientos veintidós años entre el reino patriarcal de Luce y el reino matriarcal de Shabbe. Costa Regio gana la guerra y se convierte en el primer rey feérico de Luce.

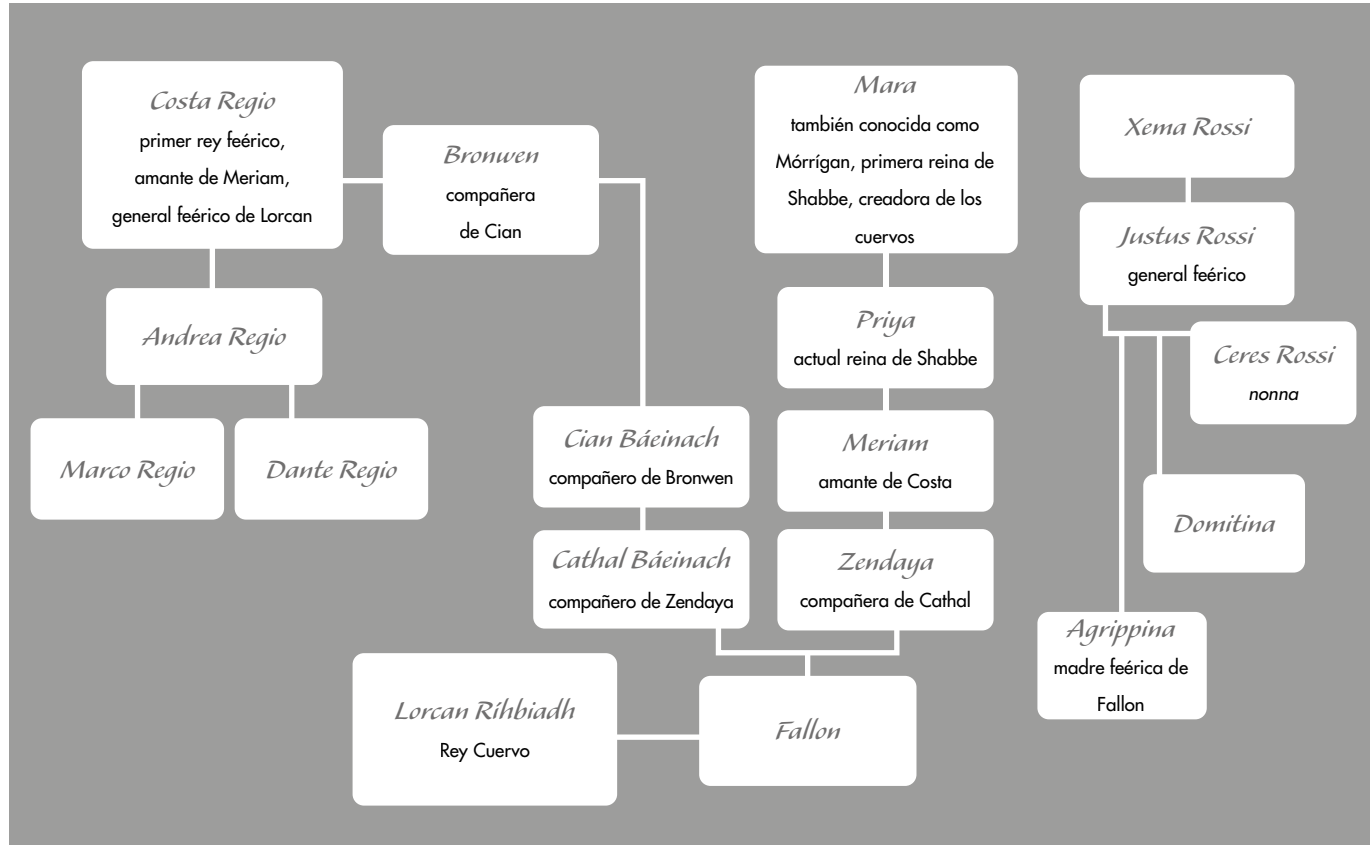
PRIMANIVI

Batalla que se libró hace veintidós años entre los cuervos y los fae. En ella muere el hijo de Costa, Andrea, que ostentaba el trono de Luce desde hacía un siglo. Aunque su asesinato se les atribuye a los cuervos, fue su propio hijo, Marco, quien le arrebató la vida.

Marco amenaza con masacrar a los humanos para obligar a Lore a rendirse y gana la batalla.

Es coronado rey de Luce.

ÁRBOL GENEALÓGICO





PRÓLOGO

LORE

Cathal balancea un frasquito de cristal sobre el mapa ocre de Luce que tengo desplegado en el escritorio.
—Mattia lo encontró entre los restos de la batalla.

Pellizco el cordel de cuero enrollado en torno al recipiente, que es prácticamente del tamaño de mi pulgar, y lo levanto para mecerlo bajo la luz grisácea del segundo amanecer que paso sin mi compañera.

—La cantidad de sangre que contiene no es mucha, pero tal vez Bronwen pueda dibujar un sigilo con ella —dice Cathal pasándose los dedos por el cabello negro y enmarañado.

—¿Un sigilo? Te recuerdo que ella no tiene la capacidad de usar la magia de sangre.

Mi general tiene los ojos enrojecidos, lo cual le confiere una mirada demoniaca que encaja de maravilla con su actitud y su imponente estatura.

—¿Y qué puto problema hay en intentarlo?

Yo he perdido a mi compañera, pero él ha perdido tanto a la suya como a su hija.

No, no las hemos «perdido».

Rompo mentalmente la palabra en mil pedazos.

Nos las han arrebatado.

Nos han obligado a vivir sin ellas.

Levanto la mirada del frasquito.

—Tienes razón. No perdemos nada. ¿Recuerdas cómo era el sigilo que Daya utilizaba para atravesar muros?

Cathal aprieta los dientes y, pese a su barba de varios días, es evidente que se le tensa la mandíbula al oír el nombre de su compañera.

—No, pero tal vez Bronwen sí se acuerde. Al fin y al cabo, antaño Meriam fue su mentora.

Y pensar que, por aquel entonces, la hechicera shabbí era como una madre para Bronwen...

—¿Ha tenido alguna... —clavo la mirada en el mapa y la tinta se desdibuja— visión más?

—No que yo sepa. —Cathal se pellizca el puente de la nariz y cierra los ojos—. Si Dante no ha sometido a Aoife a la transformación eterna, me encargaré yo mismo de hacerlo en cuanto la pille.

Fue Connor quien insinuó que Fallon debía de haber bajado al valle volando, porque había salido de la taberna después de comer y, a caballo, habría tardado mucho más de un par de horas en llegar hasta allí. Concluimos que debía de haber sido Aoife quien la había acompañado, pues era la única cuervo que faltaba... aparte de Imogen.

Aunque Cian está convencido de que fue Fallon quien le pidió que la llevara hasta el valle, Cathal cree que Aoife actuó por egoísmo. Yo, por mi parte, todavía no tengo claro por qué hizo lo que hizo. La chica está tan unida a su hermana que no me resultaría raro que hubiera intentado ir a rescatarla, pero también es leal hasta la médula, y sé que de verdad considera a Fallon una amiga.

Y Fallon, por mucho que la quiera, es una mujer impetuosa que siempre se deja llevar por lo que le dicta el corazón. Tampoco me extrañaría que le hubiera suplicado a Aoife que la llevara hasta Dante.

Cierro el puño en torno al cordel de cuero del frasquito, pero, antes de lanzarlo contra la pared y desperdiciar una de las pocas

opciones que tenemos de entrar en los túneles de obsidiana, lo dejo sobre el escritorio.

—¿Gabriele sigue negando haberle contado a Fallon dónde encontrar a Regio? —Cathal asiente con la cabeza—. Pues dadle más sal. ¡Por mí como si tenéis que ahogarlo en ella, pero quiero la puta verdad!

No me puedo creer que haya permitido entrar en mi reino a ese fae... Aunque Bronwen lo viera muriendo a manos de Tavo en una de sus visiones, pienso asegurarme de ser yo quien lo mate.

Antes de fundirme con las sombras para hacerle una visita al amiguito de Dante en su prisión, me acerco a la ventana que da a Shabbe con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—¿Qué hay de Lazarus?

—Jura que no fue él quien le consiguió a Fallon el polvo de obsidiana.

—Registrad sus aposentos.

—Ya lo hemos hecho.

—Pues registradlos otra vez. ¡Otra vez! —Echo la vista atrás y encuentro la mirada de Cathal—. Los dos sabemos que no hay más formas de silenciar un lazo de emparejamiento.

—Hay libros en la habitación de Fallon, Lore. ¿Estás seguro de que ninguno de ellos menciona el polvo de obsidiana?

Me vuelvo hacia Cathal y descargo mi rabia sobre él, aunque es la última persona que se lo merece.

—Ilumíname, por favor, ¿de dónde crees que ha podido sacar ella polvo de obsidiana?

Se le dilatan las aletas de la nariz ante la acidez de mi tono.

—¡A lo mejor lo consiguió en aquel viajecito a las tierras fééricas para el que tú mismo le diste permiso!

El enfrentamiento caldea el ambiente..., caldea nuestro estado de ánimo. Cuando estoy a punto de pedirle a gritos que interroge a todos y cada uno de los cuervos que viven en mis dominios, una sombra toma forma junto a nosotros. Es Cian.

El hombre parece mucho más hecho polvo que Cathal y yo, y eso que su compañera sigue sana y salva dentro de nuestros muros.

—Lore —dice sin levantar los ojos oscuros de las botas manchadas de barro que no deja de mover de un lado para otro.

—Espero que no hayas venido a contarnos cualquier tontería.

Cuando cierra los ojos, se me ponen los pelos de punta.

—Bronwen tiene que hablar contigo.

—¿Ha visto algo? —le pregunta su hermano.

Cian se frota la nuca y se mordisquea el labio. Al ver que todavía no es capaz de encontrar mi mirada, un escalofrío me recorre las extremidades.

—Santa Mórrígan, ha sido ella —murmura Cathal—. Ella le ha dado el polvo de obsidiana.

—Lo siento, Lore —grazna el otro hombre—. Me acabo de enterar.

Me transformo en una nube de humo de inmediato y vuelo por los pasillos oscuros del castillo en dirección a los aposentos que Cian comparte con la mujer a la que estoy a punto de borrar de la faz de la tierra, joder. Me la encuentro sentada junto al fuego en esa mecedora que Cian se ató al lomo para rescatarla de la choza en ruinas perdida en medio del bosque que su compañera consideró su hogar durante cinco siglos.

Aunque Bronwen es una mujer pequeña, la madera de la silla cruje mientras se mece.

—Antes de que me mates, te conviene escucharme, *Mórrígabht*.

Odio que me llame «majestad», porque me transporta al tiempo en que su padre fue mi general, al tiempo en que ella y yo todavía no éramos amigos. ¿Lo somos ahora siquiera? Una amiga jamás envenenaría a mi compañera ni la llevaría derecha hasta mi enemigo.

—Habla —gruño con el corazón convertido en un pedazo de piritita en llamas.

Bronwen desplaza la mirada lechosa hacia donde me encuentro con los brazos cruzados sobre el mismo peto manchado de sangre que llevaba durante la masacre del valle. No he sentido la necesidad de quitármelo, pues no he dormido, no me he aseado y no he comido. Joder, ni siquiera me he sentado. Me he pasado las horas merodeando por los pasillos de piedra y surcando el cielo plagado de rayos.

La puerta del dormitorio se abre de un bandazo.

—Lore..., por favor —intercede Cian antes siquiera de que sus plumas terminen de dar paso a sus extremidades, interponiéndose entre nosotros para proteger a su compañera de mi inminente ataque de ira.

Aunque todos los cuervos pueden transformarse en humo, solo yo tengo la capacidad de mantener esa forma durante periodos de tiempo prolongados.

Cathal entra detrás de su hermano con una expresión que refleja la rabia que hierve en mis venas.

—¿¡Cómo te atreves a actuar a nuestras espaldas, Bronwen!?

—¿Recuerdas que te dije que las shabbíes estaban vigilándonos, Lore? —Baja las manos al regazo. Entre los pliegues de su vestido rojo, hay un paquete cuadrado envuelto en una tela. Mientras se mece en la silla, empieza a desenvolverlo—. Fue el día en que Antoni y sus amigos se marcharon del castillo.

—Yo nunca olvido nada —respondo apretando los dientes.

Cian agarra a su compañera del hombro. ¿Le está dando ánimos para que siga hablando o para recordarle que está a su lado? Pero ¿qué tonterías estoy diciendo? A diferencia de nosotros dos, pobres desgraciados, ellos siguen compartiendo un vínculo mental intacto.

—Le dije a Fallon que no sabía quién estaba recurriendo a mi vista.

Cian cierra los ojos y se le forman unas arruguitas en las comisuras, aunque no sabría decir si es por vergüenza o por preocupación.

—¿Quién era entonces? —pregunto con una voz tan suave como la niebla pero tan cargada de electricidad como un cielo de tormenta.

Retira los dos extremos superiores de la tela que cubre el fardo.

—Meriam.

Levanto la vista hasta su rostro al oír ese nombre tan despreciable.

El silencio desciende sobre nosotros; zumba como un enjambre de abejas y supura como una herida infectada.

—Ha estado vigilándonos durante un tiempo. Ha usado mis ojos desde que Fallon era un bebé para verla crecer. Aunque sabía que estaba encerrada en las mazmorras de los Regio, empecé a inquietarme. Sobre todo, después de que Zendaya... —Los ojos le brillan como la capa de hielo que cubre Monteluce en pleno invierno—. Después de que Daya dejara de velar por ella.

Cuando retira una segunda capa de tela, mi mirada tensa vuela de nuevo hasta su regazo. ¿Qué demonios tiene ahí?

—Durante esos años, le pedí al Caldero en infinidad de ocasiones que me revelara si Meriam iba a acabar convirtiéndose en un obstáculo para Fallon, pero su destino nunca cambió. Si bien no me permití bajar la guardia, dejé de atormentarme pensando en un futuro en que los cuervos no recuperaran Luce.

Me duelen los pulmones de aguantar el aliento cada vez que tomo aire.

—¡El Caldero también se equivoca!

—Puede que el camino no siempre sea el esperado, pero la meta que vaticina siempre se mantiene inalterable. No prestar atención a sus indicaciones sería un error.

—¿Quieres decir que el Caldero te ha recomendado entregarle a mi hija en bandeja a Dante? —pregunta Cathal, que aprieta los puños a cada lado del cuerpo con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

—No. —Cuando por fin termina de desenvolver el fardo, revela un pedazo de piedra gris que parece arrancada de mi montaña—. Eso ha sido cosa de Meriam.

A Cathal se le desencaja tanto la mirada que sus iris se convierten en meros puntitos de color en un mar de blancura con tintes rosados.

—Meriam necesitaba a Fallon. —Bronwen desliza los dedos por los bordes de la piedra desgastada con tanta reverencia que empiezo a sospechar que el condenado Caldero le ha hecho perder la cabeza—. Y Fallon la necesita a ella.

CAPÍTULO 1

No soy un pájaro, todavía no, pero Dante me ha dejado encerrada en una maldita jaula como si lo fuera.

Me agarro a los barrotes dorados de mis nuevos aposentos (una bodega con techos más altos que los de mi casa de dos pisos en Tarelexo) y me pongo a gritar obscenidades a pleno pulmón. Para mi sorpresa, tengo un repertorio bastante amplio. Y eso que Sybille y Phoebus me consideran la modosita del grupo. Mis dos mejores amigos se habrían quedado anonadados al oír la retahíla de insultos que les llevo lanzando a mis captores desde que desperté de mi letargo inducido por la magia.

Y Lore... ¡Ay, cómo refunfuñaría al comprobar lo sucia que tengo la boca!

Darí­a lo que fuera por oír sus quejas.

Darí­a lo que fuera por oír su respiración.

Me llevo una mano al pecho y me masajeo los músculos agarrrotados. El dolor que siento entre las costillas es tan intenso que amortigua las molestias sordas que noto en la parte de atrás de la cabeza, justo donde me golpeé contra la roca y el hueso.

Tan pronto como transformo mi tristeza en rabia, me agarro a los barrotes de mi prisión y reanudo las protestas. Los gritos reverberan contra la base de cristal de las botellas de vino que trepan en espiral por los laterales de la bodega de obsidiana.

Intento hacer memoria para averiguar cuánto tiempo llevo encerrada. Sin embargo, lo único que se me viene a la cabeza es la

imagen de Dante obligándome a avanzar a empujones por un túnel oscuro en dirección a otro muro de obsidiana, donde Justus nos estaba esperando. No había ni rastro de Aoife o de otros soldados.

Recuerdo morderle la parte carnosa de la mano a Dante y arrancarle un satisfactorio gruñido de la garganta, pero, por desgracia, lo único que conseguí fue hacer que me sujetara con más fuerza por el cuello.

Recuerdo que Justus me pasó el pulgar por los párpados y que un olor cobrizo impregnó la oscuridad. A pesar de no ver muy bien, reparé en la sangre carmesí que teñía el dedo del general feérico y me entraron ganas de vomitar.

Justo antes de perder el conocimiento, recuerdo haberme preguntado si era posible que un fae, un hombre fae por si fuera poco, utilizara la magia de sangre, pues es un poder reservado para las mujeres shabbíes.

—¡Oye! —les grito a los soldados que montan guardia como estatuas contra los muros de mi prisión—. ¿Dónde está esa rata mimada a la que llamáis rey y su fiel topo de compañía? ¿Están cavando más túneles para esconderse de los cuervos?

Los cuatro pasmarotes uniformados siguen fingiendo ser uno con el muro de piedra que se alza a su espalda.

Sí, he dicho cuatro. Según parece, aunque me tienen encerrada y suspendida en el aire, han considerado necesario que todos esos hombretones de sangre pura me vigilen para que no me escape. Supongo que debería sentirme halagada, pero no, solo me saca de quicio. Porque han pasado horas, puede que incluso días, y ni Justus ni Dante se han dignado a hacerme una visita.

Estiro el cuello para examinar la resistente cadena de la que pende mi jaula. Me pregunto si será lo bastante larga como para balancearme y lanzar la estructura contra la pared. ¿Podría el metal partir la obsidiana?

Al menos llamaría la atención. También cabe la posibilidad de que el impacto abra la puerta de mi celda suspendida en el aire.

Como no me va a suponer más que un esfuerzo físico y tengo energía acumulada para dar y regalar, flexiono las rodillas y deposito todo el peso de mi cuerpo sobre la planta de los pies. La jaula empieza a mecerse con un quejido de la cadena. Estiro las piernas, me agacho y repito el proceso hasta que la celda dorada se mueve como el péndulo de un reloj de cuco.

El delgado camastro y la manta de lana que hay dentro se deslizan por el suelo y chocan con mis tobillos antes de retirarse como el oleaje hasta el extremo opuesto. Si cierro los ojos, casi me imagino a mí misma sentada en uno de esos columpios de madera del enorme roble que crece en los jardines de Scola Cuori. Pero mantengo los ojos bien abiertos y clavados en los soldados. Los cuatro me están mirando desde abajo. No, ahora son tres.

Uno ha debido de ir a informar a sus superiores de mi comportamiento errático.

Cuando la jaula por fin entra en contacto con la piedra, tengo la nuca empapada y el cuello alto de la camisa pegado a la piel. Al notar la vibración del impacto en las piernas, me agacho y me incorpоро con un renovado fervor.

—¡Detente ahora mismo, *scazza!* —me ladra un soldado de ojos ambarinos con las manos envueltas en llamas, listo para atacar.

—¡Adelante! —gruño—. ¡Derrite la jaula si me haces el favor!

Cuando alcanzo mucho antes de lo esperado la pared de la bodega y la base de metal de la jaula se lleva por delante una hilera entera de botellas, giro la cabeza y cierro los ojos con fuerza para protegerme de los pedacitos de vidrio que hayan podido salir volando. Sin embargo, solo acabo empapada de vino.

—¡Baja la jaula, Lastra! —le ordena el mismo fae al soldado de ojos verdes.

Abro los ojos de golpe justo cuando la jaula se lleva por delante otra fila de lo que sin duda debe de ser una valiosísima cosecha. El metal cruje, los barrotes se deforman y las bisagras gimen indignadas. Sospecho que conseguiré abrir la maldita puerta con un par de golpes más.

Una enredadera de color esmeralda brota de la palma del soldado y se enreda en torno a los barrotes de la jaula, pero el castizo no ha debido de contar con la velocidad que lleva la estructura, de modo que sale volando detrás de ella. De no haber estado tan sumamente cabreada, eso me habría arrancado una sonrisa de oreja a oreja.

El grito de sorpresa que se le escapa resuena por la bodega, pero se ve interrumpido de golpe cuando el muy idiota se choca con la pared y derriba unas cuantas botellas más. Durante unos segundos, su cuerpo inerte y empapado de vino queda colgando de la enredadera como uno de los salvajes de dientes negros que me asaltaron en la espesura de Tarespagia. Al haber perdido el conocimiento, su magia termina por apagarse, de manera que la enredadera desaparece y el soldado cae al suelo.

Mientras su compañero de ojos ambarinos corre a socorrerlo, un elemental de aire me lanza una ráfaga que, en vez de detener el vaivén desenfrenado de la jaula, se las arregla para hacer que esta empiece a dar vueltas. El estómago está a punto de salirse por la boca ante el torbellino en el que quedo atrapada, pero se me cae a los pies cuando el techo deja escapar un crujido.

Me aferro a los barrotes como si quisiera estrangularlos y levanto la vista. Aunque el pelo me azota la cara y se me mete en los ojos, veo con claridad que se han abierto grietas en el techo.

La jaula está a punto de caer.

Como mi magia sigue bloqueada y tengo las orejas curvas, corro el riesgo de morir al precipitarme desde tan alto. Como diría Lore: *Focá*.

Otra grieta más profunda surca el techo y desata una lluvia de piedrecitas que me cae en la cara. Por un lado, quiero decirle al elemental de aire que deje de mover la jaula con sus ráfagas de viento, pero, por otro, tal vez así consiga que el piso superior se derrumbe junto con el techo de la bodega. Eso siempre y cuando no hayan excavado los túneles a kilómetros de profundidad... Cruzo los dedos con la esperanza de que los fae no tuvieran muchas ganas de cavar cuando los construyeron.

Me retuerzo con la espalda pegada a los barrotes para estudiar el camastro y, en cuanto se desliza hacia mí y me roza la punta de las botas, me lanzo sobre él. Que sea tan delgado es un arma de doble filo, porque podré enrollármelo en torno al cuerpo para protegerme, pero apenas amortiguará el golpe. Tras envolverme como un gusano de seda, respiro hondo a la espera de la inminente caída.

Llegado el momento, suelto todo el aire de los pulmones con un grito frenético. La jaula desciende tan rápido que yo misma asciendo como un pétalo atrapado en la brisa antes de caer en picado. Cierro los ojos con fuerza y me ciño el suave capullo al cuerpo lo mejor que puedo.

Un coro de gritos estalla a mi alrededor, y el alboroto me transporta de vuelta a aquella noche en la cueva. Ojalá hubiera hecho el esfuerzo de encontrar a Lorcan antes de salir de su fortaleza de la montaña. Ojalá hubiera sabido interpretar el brillo malicioso en la mirada ciega de Bronwen. Ojalá hubiera atravesado a Dante con aquella espada en vez de a Dargento.

No lo hice porque soy una idiota que confía demasiado en los demás.

La jaula cae al suelo, pero, de alguna manera..., de alguna manera, yo me mantengo en el aire. Floto como si una criatura alada me hubiera atrapado al vuelo.

¿Lore?, lo llamo a través del vínculo.

Cuando no me responde una voz aterciopelada ni oigo graznido alguno, me veo obligada a aceptar que mi salvador no es un cuervo, sino un elemental de aire a quien no le interesa que la valiosa prisionera de su rey acabe magullada.

Cierro los ojos durante un buen rato y respiro despacio para tratar de capear el dolor que se adueña de mi cabeza.

Tè odio, Bronwen. Tè odio con toda mi alma. Espero que Lore se haya enterado de lo que has hecho y te haya separado de tu compañero igual que tú nos has separado a nosotros.

—Por el amor del Caldero, ¿qué narices está pasando aquí?

Vaya, justo el hombre al que quería ver. Y matar.

El sonido de la voz de Dante hace que se me acelere el pulso y me hierva la sangre.

—¡Suéltala, Cato!

¿Cato?

Mi corazón se para y se acelera, se para y se acelera, mientras me bajan al suelo.

¿Se refiere a mi Cato? Bueno, al de la *nonna*, para ser más exactos.

La sorpresa me empuja a soltar el camastro, que se abre como un pergamino mal atado. Me incorporo tan deprisa que la sangre me ruge entre las sienes. Ante los maltrechos barrotes de mi jaula, se encuentra el hombre de pelo largo y blanco recogido en una trenza al que habría esperado encontrar apoyando a mi *nonna*.

Pero Cato Brambilla no se ha puesto de su parte, sino de la de los Regio.